

pura, y que no es una miserable invencion de la humana ignorancia.

“Y si por una casualidad que no nos es dado esperar, decíame Orboni, volviésemos á la sociedad, ¿seríamos tan cobardes que nos avergonzásemos de seguir los principios del Evangelio? ¿seríamos tan viles que nos llenásemos de inquietud al pensar si alguno se imaginaria que el encierro habia debilitado nuestra alma, y que por flaqueza nos habíamos afirmado mas en la fe?”

—“Querido Orboni, contestéle, tu pregunta me revela la contestacion que me darias, y esa contestacion es tambien la mia. Ser esclavo de la opinion ajena es el colmo del envilecimiento, cuando está uno en la persuacion de que esa opinion es errónea. No creo que ni tú ni yo descendamos jamás á semejante grado de bajeza.....”

Algunos dias después habíame dejado la calentura y padecia menos del pecho; pero parecia que tenia un volcan en el cerebro y no podia mover la cabeza sin sentir en ella atroces dolores.

Dije á Orboni como me sentia; él tambien estaba peor que de costumbre.

“Amigo mio, me dijo, no está distante el dia en que uno de nosotros dos no pueda ya asomarse á la ventana; cada vez que nos saludamos puede ser la postrera. Estemos pues dis-

puestos uno y otro, ya á morir, ya á seguir en pos de un amigo.”

Su voz estaba conmovida, nada podia yo contestarle. Guardamos un instante silencio, y luego repuso:

“¿Cuan feliz eres con saber hablar alemán! podrás siquiera confesarte. He pedido un sacerdote que supiese hablar italiano y se me ha dicho que no lo habia; empero bien ve Dios mis deseos y desde que me confesé en Venecia pareceme, de veras, que nada grave tengo que echarme en cara.

“—¿Ay de mí contestéle; si ahora se me concediese un sacerdote asegúrote que de todo corazon me confesara y que á todos perdonaria.

“—¿Derrame sobre tí su bendicion el cielo! contestóme; ¿que júbilo me causas! ¿Hagamos, sí, hagamos cuanto nos sea posible uno y otro para estar eternamente reunidos en el cielo así como lo estuvimos en nuestra época de infortunio!....”

Agravóse mi mal por espacio de una semana; deliraba de dia y de noche.

Diéronme á Kral y á Kubitzky por asistentes; servíanme los dos con cariño.

Kral, cada vez que volvia un poco en mí, repetíame:

“—Tened confianza en Dios; solo Dios es bueno.

“—Pedid á Dios, decíale yo, no que me sane, sino que se digne aceptar mis desventuras y mi muerte en expiacion de mis pecados.”

Sugirióme que pidiese los sacramentos.

“—Si no los he pedido, contestéle, atribuido á la debilidad de mi cabeza; pero para mí será un gran consuelo recibirlos.”

Refirió Kral lo que yo dijera, al superintendente, y mandóse llamar al capellán de cárceles.

Confeséme, comulgué y recibí los santos óleos. El sacerdote se llamaba Sturm. Las reflexiones que me hizo acerca de la justicia de Dios y la injusticia de los hombres, sobre el deber en que estamos de perdonar y sobre la vanidad de las cosas mundanas, no eran trivialidades; tenían el sello de un ánimo elevado é instruido y de un corazón abrasado de amor hacia Dios y para con el prójimo.

Yo habria deseado que el capellán de quien habia quedado tan contento estando enfermo, se nos hubiese concedido por confesor, y que de vez en cuando hubiésemos podido verle aun sin estar gravemente malos. Pero en vez de conferirle este cargo diónos el gobernador un religioso agustino que se llamaba el Padre Bautista, hasta que el gobierno de Viena hubiese confirmado este nombramiento ó hiciese otro.

Mucho temí perder en este cambio empero equivoquéme. El Padre Bautista era un ángel de caridad; sus modales eran muy finos y aun elegantes; raciocinaba profundamente sobre las necesidades del hombre.

Suplicámosle que con frecuencia nos visitase. Pasaba á vernos cada mes, y mas á menudo si podia. Traianos tambien, con permiso del gobernador, algunos libros, y nos decia, de parte de su abad, que estaba á nuestra disposicion toda la biblioteca del convento. Gran beneficio habria sido para nosotros que hubiese tenido larga duracion aquel orden de cosas; sin embargo nos aprovechamos de él por espacio de muchos meses.

Después de confesarnos quedábase mucho tiempo en conversacion con nosotros. En todas sus palabras manifestaba una alma recta, llena de dignidad y de entusiasmo hacia la grandeza y santidad del hombre. Tuvimos la felicidad de disfrutar, por el término de sobre un año, de sus luces y de su cariño, y constantemente fué el mismo. Nunca profirió una palabra que hiciese sospechar que fuera su intencion sacrificar su ministerio á la politica; nunca cesó de prodigarnos los mas delicados miramientos.

A los principios desconfiaba de él, es muy cierto; esperaba verle emplear la destreza de su entendimiento en investigaciones inoportunas. Semejante pensamiento no es sino demasiadamente natural en un preso de Estado; pero cuán consolado se siente uno cuando su desconfianza se disipa, cuando percibe que en aquel ministro del altar tan solo existe un fervor inspirado por el amor á Dios y al hombre!

Tenia un modo particular y eficacísimo de

dar consuelos. Acusábame yo, por ejemplo, de los estremecimientos de ira que me solian sobrecoger cuando pensaba en el rigor de la disciplina; poníase él á hacer algunas reflexiones acerca de la virtud de la paciencia y el perdon, y luego llegaba á pintar, con vivísimo colorido, las miserias que pasaban los hombres de condiciones diversas de la mia. Habia vivido mucho tiempo en las ciudades y en el campo, habia conocido á los grandes y á los pequeños, y habia meditado sobre las injusticias de los hombres; sabia, en fin, describir con destreza las pasiones y las costumbres de las diferentes clases de que la sociedad se compone. Mostrábame por todas partes fuertes y débiles, opresores y oprimidos; manifestábame que por todas partes habia la necesidad de aborrecer á nuestros semejantes, ó la de amarles por compasion y en virtud de una generosa indulgencia. Los hechos que me referia para traerme á la memoria lo universales que son los males y la utilidad que nos es posible sacar de ellos, nada tenian de extraordinario; eran por el contrario, harto comunes; empero exponíalos en términos tan exactos y tan enérgicos, que indispensablemente me hacia palpar las consecuencias que se debia deducir de ellos.

¡Ay, si! cada vez que acababa yo, de oír sus benévolas expresiones y sus dignos consejos, sentíame abrasado de amor á la virtud: entonces ya no odiaba á nadie y habria dado mi vida por el mas misero de mis semejantes; entonces

bendecia á Dios, porque se habia servido hacerme hombre.

¡Ay! ¡infeliz de aquél que ignora cuánto la confesion es sublime! ¡desdichado de aquél que, para distinguirse del vulgo, se cree obligado á verla con desprecio! De que se conozca la obligacion que tiene cada cual de ser bueno, no se sigue que no se necesite oírlo decir, y que baste con las íntimas reflexiones y las buenas lecturas que cada cual hace. No: la voz viva de un hombre tiene un poder de que las lecturas y las reflexiones á solas carecen. ¡Siéntese entonces mucho mas conmovida el alma! ¡son mucho mas profundas las impresiones que se producen! En un hermano que os habla existe un calor, una oportunidad que en vano buscariais en los libros y en vuestra propia mente.”

Habiendo recobrado la libertad y vuelto al seno de su familia, consagró Silvio toda su existencia á hacer amar las hechiceras dulcedumbres de la ley divina. Vamos á insertar en seguida algunas estrofas que tomamos de sus *Poesías inéditas*, en las cuales da á conocer los primeros años de su vida, y muestra totalmente desnuda su alma.

“Si el hombre que durante su infancia fué piadoso, imprime algunas veces sobre la tierra vergonzosas huellas, no es porque la religion sea una impotente guia para el corazon que á ella se adhiere; es porque vuela la espalda á ese santo ángel que le conduce, para seguir es-

traños afectos, el orgullo del pensamiento y los viles ejemplos; es porque teme á la ira burlona del incrédulo. . . .

¡Oh cuán profundamente hirió mi alma ese escarnio con que se atacaba á los altares!

¡Insensato de mí! ¡calléme y guardé en mi corazón aquellas horribles palabras, y sonreíme ante aquella sonrisa llena de astuta perfidia, y quedéme en la incertidumbre entre las austeras verdades que se me tenían enseñadas y las risueñas y soberbias doctrinas de la sierpe que conmigo hablaba!

Desde aquel funesto día, no, no pude aborrecer los altares que habian adorado mis abuelos, pero de vez en cuando contemplábalos con la duda de si deberia venerarlos como en los preciosos dias de mi inocencia, ó si seria mas acertado que los olvidase, que me burlase de ellos y que no tuviese mas divinidades que mi voluntad y mi audacia.

Así pasé mi adolescencia y llegaron mis juveniles años con su embriaguez de estudios, y con su esperanza fundada en el natural vigor de mi razon independiente. ¡Y sin embargo, impeliame hácia los altares un secreto hechizo! Acontecióme con frecuencia que arrojase lejos de mí los libros orgullosos, que huyese de las sociedades burlonas é impías, y que me retirase desalentado y solo, bajo las grandiosas bóvedas de la añosa basilica de Leon, donde descansan las cenizas de los primeros apóstoles de las Galias.

¡Primorosa iglesia! ¡Cuántas veces inclinado ante tus altares, orando y meditando, cuántas veces lloré por mi querida Italia ausente de la cual me hallaba, y por aquel lejano hogar en derredor del cual estaban sentados mi madre, mi padre y mis hermanos! Y tambien lloraba pensando en las tinieblas que me circuián, en las dudas que me asaltaban, en las pasiones que me acometian y en mi Dios á quien habia perdido!

¡Pero no, no le habia perdido! Su luz resplandecia algunas veces á mis ojos con fulgor tanto, que se disipaban mis tinieblas; y mi alma, enajenada, aun entonaba himnos al Señor. . . .

En aquellos dias reinaba una filosofia embustera que se habia levantado por entre torrentes de sangre y sobre las ruinas de los altares.

No tenia mi corazón la noble constancia de su arrepentimiento. Mi fé era lánguida, y vivia yo como un infiel. Entonces fué cuando hirió el rayo mi cabeza, y cuando me fueron arrebatados todos mis terrenales gozos; víme en manos de un potente enemigo que primero me condenó á muerte, y despues á arrastrar pesadas cadenas.

¡Humilde capilla de Spielberga, que no oyes jamás sino la oracion del sacerdote y la de los infelices que pasan su vida encarcelados, yo ví bajo tu techo el esplendor de Aquél que consuela y que no desecha los suspiros que el dolor hace exhalar del pecho; de Aquél que acep-

tó el acerbo cáliz que quería apartar de sí, su humanidad, estremeciéndose!

¡Con qué vehementes deseos esperaba yo en mi calabozo la aurora que nos trae la solemnidad del séptimo día! Hallábame sumido en la tristeza durante todo el intervalo que separa á la una de la otra, y agitábase mi imaginación meditando y enfermiza; veces había en que la acosaban fantasmas y temblaba yo de terror al pensar si la luz de mi razón iría á extinguirse. En aquellos terribles momentos buscaba á Dios de cuando en cuando, y, estremézcome de decirlo, —no le encontraba.

Pero en fin, veía llegar el día consagrado al Señor, oía el alegre sonido de aquella campana bendita que suscitaba en el alma, con la memoria de lo pasado, deliciosísimos pensamientos. Un poder inexplicable, divino, parecía disminuir el horror de la caverna en que yo moraba, y mi corazón, como el de un niño, latía á la voz querida de la campana del Señor.

Y toda la atrocidad de mi suerte desaparecía cuando venía á abrirme la puertas un compásivo carcelero, cuando percibía las palabras de mis compañeros de encierro, cuando custodiados por soldados íbamos caminando juntos. Todas aquellas desdichadas criaturas, hacíanse rápidas demostraciones de una amistad constante, empero no era dado á todos los amigos encontrarse, hablarse y orar los unos al lado de los otros.

Siempre, sí, siempre mi alma conmovida ex-

perimentó un júbilo nuevo y profundo cuando en aquel asilo misero, pero sagrado, se me permitía arrastrar mis cadenas; cuando veía allí, en medio de una misteriosa humildad, al Dios de la gloria celestial bendecirnos, y llevado por ese su amor inagotable, ofrecerse á su eterno Padre en holocausto.

Allí era donde me hablaba Dios al corazón, y su voz, como la de un padre lleno de amor y de desvelo que llama á su desconsolado hijo, me decía: “No temas que mi ternura te abandone nunca! ¡Ya veo que tú no sabes dejar de amarme y se te concederá cuanto quieras!”

Y luego también me decía; “Si te he castigado no es por un furor que desconozco, sino porque no eran oídos mis ruegos, por que recorrías las sendas del orgullo y te habías olvidado de mí por ir en pos de aquél que arrastra las almas al dolor eterno. Mi poderosa mano te detuvo en el sendero que recorrías, porque te amaba yo, porque te amo y porque he venido á salvarte.”

Arrojábame entonces á sus plantas, derramaba lágrimas que eran para mí de inefable dulzura, y exclamaba: “¡Señor, haz lo que quieras con este misero hijo de Eva! Demasiado tiempo me he mostrado sordo á tu voz, pero hoy esta voz me inspira valor y me sublima; nada tenía yo derecho á esperar, pero supuesto que me amas, otra mas merced solicito; ¡haz, oh mi Dios, que yo también te ame!”

Y renacía en mí la confianza, y desahogaba

todo mi corazón en el suyo; rogábale por mi madre, que tanto suspiraba por su hijo! ¡Ofrecíale ferventísimos votos por mi tierno padre, por todos aquellos amigos cuyos padecimientos eran más dolorosos para mí que mis propios padecimientos!....”

ANDRYANE.

“Destinado, en la época del imperio, á la carrera de las armas, ingresé desde muy temprano al ejército; y hacía mucho tiempo que en él servía cuando los acontecimientos de 1814 y 15, me obligaron á abandonar una profesión que había abrazado con tanto ardor y con tan risueñas esperanzas.... Encontrándome en lo venidero dueño absolutamente de mi persona y de mi tiempo, difícil era que me libertase de los peligros que debía correr en París un joven de diez y ocho años cuyo padre disfrutaba de cuantiosos bienes, y cuya educación primaria, como se acostumbraba entonces, había sido demasiado inclinada á la milicia para que este joven pudiese en seguida dedicarse á nuevos estudios, ó consagrarse á ocupaciones útiles que le pusiesen á cubierto de los males que ocasiona la ociosidad, la fogosidad de las pa-

siones y las seducciones del amor propio. Abandonéme, pues, ciegamente y sin reserva á los peligrosos placeres que se presentan tumultuosamente en París, á los que, como yo en aquella época, tienen oro para satisfacer los gustos más ruinosos y un exceso de juventud y de vigor para sostener las locuras de toda especie que el ejemplo sugiere y en las cuales la vanidad nos induce incesantemente á excedernos. Transforméme en joven á la moda, á quien se citaba por su exquisito modo de vestir, por los magníficos caballos que montaba, por lo mucho que apostaba al juego y por las extravagancias que cometía; lamentable celebridad de que gozaba yo sin ser dichoso, y que de día en día me esforzaba más en merecer, aunque se abrigaba en mi corazón un secreto rubor de mal emplear así mi vida, en tanto que en derredor de mí veía á más de uno de mis compañeros de armas que, celosos de no aparecer inferiores á la estudiosa juventud de la época, volvían á empezar con fervor y con perseverancia una educación descuidada.

Esclavo del hábito y de la vanidad más bien que de los vacíos goces que comenzaban á fastidiarme, proseguía adelante.... cuando una circunstancia fortuita vino súbitamente á detenerme en la fatal pendiente á la cual me arrastraba aquella vida de ociosidad y de desorden, haciéndome prestar oído á los consejos llenos de cordura de una hermana que era para mí una segunda madre, y á quien no cesaban de